

# **LA NOCHE MÁS LARGA**

## **PROLOGO**

*La "NOCHE MÁS LARGA" es una historia de doce horas. Digo historia porque todo lo que relato es cierto y, sin ánimo de deformar nada, ocurrió tal como lo explico, aceptando posibles pequeños errores que después de tantos años son inevitables, pero que en nada deforman la veracidad de los hechos y las anécdotas. Fueron horas intensas que quedaron grabadas en mi memoria y que no fue necesario escribir en un diario. En esa noche estuve a punto de perder la vida junto a cinco compañeros más. Una afortunada y casual decisión de dos o tres segundos, fue la diferencia entre la vida y la muerte.*

*Unos sabrosos pinchos de carne de camello, "desaparecidos", me "persiguieron toda la noche" y, diría yo, que hoy, casi treinta y seis años después, todavía me persiguen.*

## *EL SUCESO*

Estamos a principios de Julio del 1974, hacía más de dos meses que toda la 2ª Compañía del Batallón de Infantería de Cabrerizas-I estaba destinada en el destacamento de Bucraa. Nuestra misión era la de proteger la mina a cielo abierto de fosfatos. La vida era mucho más cómoda que en el Viejo cuartel de Cabeza Playa, aunque más aislados de la civilización y con las guardias y patrullas más exigentes, al ser Bucraa un posible objetivo de las bandas armadas independentistas -por aquel entonces desconocíamos el nombre de Frente Polisario-.

Desde nuestra llegada, percibíamos que las medidas de seguridad iban en aumento. Pocos días antes, a medía noche, había habido un sabotaje en la nueva dragalina en construcción. Mientras yo estaba de Cabo de patrulla a extramuros del destacamento, divisé en el horizonte, dirección sureste, un lejano resplandor rojizo y tambaleante. Rápidamente salió una patrulla a verificar lo sucedido. Habían producido un incendio que apenas dañó la construcción, pero era una señal que había que estar en guardia ante otros posibles sabotajes o atentados a las instalaciones de Fosbucraa. Otro incidente semanas antes había sido el apedreamiento e insultos por parte de mujeres y niños saharauis, a la patrulla que a pie iba a diario hasta el "carromato-puesto de guardia" de la dragalina. Esto ocurrió a unos dos kilómetros del destacamento y tres del carromato, al pasar al lado del "frig"-grupo importante de jaimas- Sin duda, la tensión iba creciendo y calentándose los ánimos independentistas de los "lugareños".

A la 2ª Compañía le quedaba poco más de tres semanas para relevada por la 1ª y regresar a Cabeza de Playa. Ello coincidiría con la licencia de los de abril del 73, entre los que me encontraba yo. Nuestra estancia en Bucraa ya la percibíamos como el final de una pesada de película de 14 meses en el Sahara, pero no sabíamos que la última parte del guión iba a estar animada. No recuerdo que se celebraba, pero era día festivo y en el destacamento había una merienda de pinchos morunos para toda la tropa, estando presentes los Mandos y algunos familiares de estos que habían venido en coche desde El Aaiún.

Alrededor de las 5,30 de la tarde, con ambiente desenfadado y prometedor, toda la guarnición, incluyendo los mandos, excepción única de los miembros de la guardia, estábamos reunidos en el comedor del destacamento a la espera de una succulenta merienda de pinchos morunos de carne de camello. Empezaron a repartir las bandejas en la mesa de oficiales y suboficiales, siguiendo con la tropa. El aspecto y olor era muy apetitoso, por lo menos a mi me lo parecía.

Yo estaba considerado el mayor "tripero" de la Cía., a pesar de mi delgadez, y la lenta distribución a las mesas del atrayente condumio, me impacientaba mientras se me hacía la boca agua. Por fin, mientras en las primeras mesas ya hacía rato que los pinchos habían pasado al estómago de la devoradora soldadesca, se acercaban las dos bandejas a la última mesa, que era en la que yo me encontraba. La circunstancia de estar casi siempre en la mesa final del reparto en los banquetes, toda la vida me ha perseguido, o por lo menos me lo ha parecido, dada mi habitual "golafrería".

En el momento que las dos bandejas repletas de dorados trozos de carne atravesados por largos pinchos, se depositaban en nuestra mesa y nos disponíamos a "atacar" lo que nos parecía un manjar de los dioses, en ese preciso momento en que iba a satisfacer mi gula, casi en el instante que nuestras manos se iba a abalanzar sobre la presa y alcanzar el objeto del deseo, el sargento semana ordena secamente ponerse de pie a toda la tropa.

Hacia unos instantes que el suboficial de guardia había entrado precipitadamente con cara de preocupación a informar al Capitán de algo que nosotros desconocíamos.

Obedeciendo la tajante orden, salimos rápidamente del comedor para pertrecharnos con el correaaje, cuatro cargadores llenos de munición y, por supuesto, el fusil Cetme. Apenas minutos después, formamos toda la Cía. en lo que había de ser el patio de armas de aquel destacamento en construcción. El Capitán, ya con la pistola al cinto y gesto serio, pide voluntarios para escoltar a los familiares hasta El Aaiún. Los "abuelos" de abril unánimemente nos prestamos a dicho servicio.

De entre el grupo de sesenta o setenta, el sargento semana elige unos treinta entre cabos y soldados y forma una sección. Mientras estoy formado junto a mis compañeros, pregunto al sargento qué cuando nos podremos comer los pinchos...Silencio por respuesta.

Antes de partir, el Capitán dio instrucciones a los mandos de cómo debían defender el destacamento.

En concreto, todavía recuerdo las frases que le dijo al suboficial de guardia: "En las dos esquinas norte (el muro todavía no estaba acabado en esa zona) quiero dos ametralladoras apostadas y otra en la entrada, varios pelotones patrullando a extramuros, y el resto de la tropa vigilando todo el perímetro del destacamento y, si hay que defenderse de un ataque, fuego cruzado".

Los que lo oímos quedamos muy inquietos ¿qué estaba pasando? No nos decían nada, pero "radio macuto" ya corría imparables llenos de noticias preocupantes: levantamientos armados, ataques a destacamentos, ejército marroquí preparado en la frontera, paracaidistas dispuestos para atacar Bucraa, etc... No saber lo que realmente pasaba y ver tantas medidas de seguridad y defensa en pleno estado de alerta, crea más inquietud de lo que debería. Si hubiésemos sabido el porqué de aquella alerta, posiblemente la preocupación de nosotros, la tropa, a la que apenas se le informaba de nada, hubiese sido menor. No obstante, acometimos aquella situación con la debida templanza, como veteranos que éramos.

No ocurría lo mismo con los recién llegados de abril de 74. Se habían incorporado a la Cía. hacía solamente dos o tres días, recién jurada bandera y, apenas se habían adaptado a la nueva situación, cuando se encuentran con un ambiente prebélico, recibiendo además el "pastilleo" por parte de algunos veteranos, en forma de informaciones exageradas y procelosas.

Recuerdo las caras de susto de algunos de ellos. Con seis Land-Rover, uno armado con cañón sin retroceso y otro con ametralladora MG, partíamos la sección con un Sargento y el Capitán, acompañando a los dos turismos con los familiares en su interior.

El Land-Rover que iba delante del convoy lo conducía el Capitán y yo era uno de los ocupantes del mismo. Al mismo tiempo que conducía, el Capitán no paraba de otear el horizonte, se le veía preocupado. Mientras, mis compañeros y yo nos mirábamos y preguntábamos qué puñetas debía pasar. Desde Bucraa a la Capital, solamente hay desierto, cien Km. de soledad, sin dunas, pero de aridez total por aquel entonces.

No nos cruzamos con ningún vehículo y, el único ser viviente que encontramos, fue un camello que, sin inmutarse, atravesó frente a nosotros la estrecha carretera. Curiosamente, el dromedario iba solo y caminaba tranquilo dirección sur. No era zona de pastoreo y parecía que iba perdido (no crecía ni un miserable hierbajo en aquella zona y tampoco había asentamientos de nativos).

El paso del camélido obligó a reducir la velocidad del convoy. Por un momento, parecía que podía ser una treta para una emboscada, pues a la derecha el terreno se elevaba ligeramente, quedando nosotros a nivel inferior y a baja velocidad.

No pasó nada, el animal prosiguió tranquilo su caminar a un destino incierto y, nosotros, la marcha hacia El Aaiún. El Capitán, con sus prismáticos seguía observando frecuentemente el horizonte del fondo de la carretera mientras conducía, mientras, nosotros seguíamos con nuestros interrogantes ¿qué debía ocurrir para tomar tantas precauciones?

Después de recorrer unos ochenta kilómetros por la solitaria carretera que nos llevaba hasta la capital, pasamos por el cruce de Edchera y fuerte Chacal, lugar de triste recuerdo por haber sido escenario de una sangrienta emboscada en el 1958.

Un numeroso grupo (más de quinientos) perteneciente a las bandas de liberación del Sahara (pro-marroquíes) en las que también habían saharauis, estaban esperando a la XIII Bandera de la Legión. Murieron cuarenta y dos legionarios. Unos pocos kilómetros después del cruce podíamos ver a poca distancia el oasis del Messeied, otro escenario de una emboscada a la legión, pero que solamente produjo un herido.

A unos diez kilómetros antes de llegar a El Aaiún, dejábamos a los dos turismos que finalizaran el viaje sin nuestra compañía y regresábamos a Bucraa. En esos momentos el Sol estaba en su ocaso y la temperatura había descendido mucho, el viaje de vuelta fue penoso, pues todos, demostrando imprevisión, solamente vestíamos camisa. No habíamos caído en la cuenta que se nos haría de noche por el camino.

Ya de noche cerrada, llegábamos al destacamento titiritando de frío. Las típicas y bruscas bajadas de temperatura en el desierto una vez se escondía el Sol, aunque fuese verano, podían convertir una guardia o patrulla nocturna en una verdadera tortura si no ibas suficientemente abrigado, pero es que nosotros, además íbamos con vehículos destapados que ni tan siquiera tenían parabrisas.

Todavía tenía la esperanza de que los que nos habíamos quedado sin probar los pinchos morunos, podríamos hacerlo entonces... ¡pobres ilusos! Los pinchos habían sido debidamente aprovechados por algún gorrón, pero lo peor de todo es que nos dieron el tiempo justo para abrigarnos y, sin cenar, la misma tropa que habíamos escoltado a los familiares volvíamos a partir para patrullar durante toda la noche por los alrededores de Bucraa.

Nos dieron la orden de cargar el Cetme con bala en la recámara, el seguro puesto y estar bien despiertos y atentos ante cualquier contingencia.

La patrulla iba desplegada en batería, la velocidad era de unos 40 km/h., separados unos 30 metros entre cada vehículo y con los faros apagados. Únicamente llevábamos encendidas las casi inapreciables luces que los Land-Rover militares llevaban instaladas en los bajos, las llamadas "luces de guerra", su principal función era la de no chocar entre nosotros, pues el reflejo de la luz en el suelo solamente era apreciable a pocos metros del vehículo, siendo indetectable a partir de cierta distancia. Se trataba de no delatar nuestra presencia y, dado el caso, sorprender al hipotético enemigo.

Después de aproximadamente una hora de marcha en círculo alrededor de la mina y Planta de Fosbucraa, sin más incidentes que algunas sacudidas por las pequeñas irregularidades del terreno que nos sorprendían por ir en la más totalidad oscuridad, nos fuimos aproximando a las instalaciones de la explotación minera. Visitamos el almacén polvorín donde guardaban enormes cantidades de dinamita que cual empleaban para aflojar el suelo mediante impresionantes explosiones, facilitando el posterior trabajo de la dragalina.

El polvorín estaba vigilado por un guarda privado, armado con una escopeta de dos cañones a la espalda y una impresionante jauría de perros de fiero aspecto a su alrededor. Recuerdo que uno de enorme tamaño -más parecía un león que un cánido- se aproximó a nuestro Land-Rover para olerlos. Era tan alto que noté su hocico tocando mi espalda.

Sin duda, el vigilante estaba estupendamente protegido por aquella manada de más de una docena de perros. El Capitán, que seguía conduciendo personalmente el todo terreno en el que también iba yo, habló brevemente con el guarda.

A continuación proseguimos nuestra fantasmal patrulla entre montañas de tierra y fosfato, preparado este para su carga a la cinta transportadora. Aquella zona de fosbucrea estaba a oscuras y sin actividad. No era así en la mina, donde la gigantesca dragalina seguía incansable en su labor de ir sacando árida tierra hasta llegar a los veinte metros de profundidad y descubrir el rico fosfato.

Nuestro siguiente destino fue el "frig" de los nativos. Apenas había una veintena de jaimas bastante agrupadas. Las rodeamos en círculo, colocándose los vehículos encarados contra el pequeño campamento, entonces encendimos los faros y proyectamos la luz hacia las tiendas. Se asomaron algunas mujeres con expresión de susto. Recuerdo que en la jaima más cercana a nuestro vehículo y que recibía la luz directamente en la entrada, la mujer llevaba un niño pequeño llorando en sus brazos. Otra mujer más alejada, gritaba nerviosa.

Después de la acción de advertimiento ("os estamos vigilando"), nos dirigimos a la dragalina en construcción que estaba a unos pocos kilómetros en dirección Este.

Cuando estábamos a pocos cientos de metros, observamos una débil luz en movimiento que se enciende y apaga. Ya llegando al lugar, encendemos los faros y lo primero que vemos es a la patrulla de compañeros que cada noche hace una visita a pie desde el "carromato-puesto de guardia" de la dragalina.

El cabo y el soldado están un poco sorprendidos, habían oído el ruido creciente de los motores de varios vehículos, pero nada veían y desconocían si eran amigos o enemigos los que se acercaban a oscuras. No dudo que debieron pasar un buen susto, pues me di cuenta que volvían a poner el seguro del fusil, lo que delataba que estaban preparados para disparar. En aquella noche de alerta, aquel par de compañeros tuvieron mucho valor en ir solos y entrar en el "decorado Daliniano", pues yo, varias semanas antes, en dos patrullas similares durante la semana que me tocó "carromato", sin haber situación de alerta, mantuve las distancias prudenciales, el lugar imponía en las procelosas noches, era sitio ideal para emboscadas.

Iniciamos otra ronda por el desierto, rodeando a distancia Bucraa. Mientras con la mano derecha aguantaba el fusil, y con la izquierda me sujetaba a la barandilla del Land-Rover descubierto para no salir despedido, dado el continuo balanceo de este, pensaba en el susto que se debían haber llevado aquellas mujeres saharauis, pero ¿Dónde estaban los hombres?

De ese fríg fue de donde habían insultado y apedreado a la patrulla diurna de a pie. Quizás fue una pequeña venganza del Capitán por aquella acción. De todas formas, la acción había sido breve y no se ensañó con ellos. La sensación de tremendo apetito no me había abandonado, la imagen de los jugosos y dorados trozos de carne me perseguía y torturaba ¿Cuándo regresaríamos al destacamento y por fin, comeríamos algo?

Pasadas la una de la madrugada, entramos al destacamento. Yo esperanzado en que nos darían algo de comer, quedé frustrado, pues la visita era el tiempo justo para que el capitán fuese relevado por un teniente.

La noche iba a ser larga para mí con el estómago vacío y el recuerdo de los pinchos morunos de sabrosa carne de camello.....

A excepción de los que por la mañana entrarán de guardia, toda la tropa sigue apostada alrededor del destacamento, vigilando permanentemente y como nosotros, tienen para toda la noche.

La patrulla es reforzada con cuatro soldados más, todos recién llegados de abril.

A pesar de la penumbra, me doy cuenta que estos están muy serios con rictus grave en su expresión, entonces viene a mi memoria la primera guardia que hice de centinela en la planta de Atlas, hace ahora un año. Al igual que ellos, acababa de jurar bandera y tenía mi primer bautismo como soldado.

Ya volvemos a estar patrullando en plena oscuridad, el resto de la noche nos va a deparar alguna que otro susto y sorpresa, especialmente la que podía haber sido fatal para nuestro vehículo conducido por el teniente.

Los únicos puntos de claridad que percibimos es la del estrellado firmamento con aquella potencia característica en el Sahara, la del casi inapreciable reflejo en el suelo de la luz de guerra del Land-Rover más cercano a nosotros, y la del lejano resplandor en el horizonte de los focos de la dragalina. Un inesperado salto de nuestro vehículo producido por la irregularidad del terreno, hace salir despedido al soldado que tenía frente a mí.

Rápidamente avisamos al teniente para que pare el vehículo. Recogemos al asustado compañero -es de los recién llegados- y su fusil. Por fortuna no ha sufrido daños apreciables. El teniente le increpa por no haberse sujetado suficientemente a la baranda del Land-Rover.

El incidente nos ha retrasado un poco del resto del grupo, al ir a oscuras no se han apercibido de nuestro retraso. El teniente aprieta un poco el acelerador, con lo que debemos sujetarnos con más fuerza para evitar salir despedidos. No entiendo por qué no vamos más despacio, en aquellas condiciones sería lo más prudente y la labor de vigilancia sería igual o más efectiva.

Como si un Ángel de la Guarda hubiese velado por nosotros, el teniente enciende los faros para ver de localizar a los otros cinco vehículos de la patrulla, la luz hace que instintivamente miremos hacia delante y ¡¡mierda!! vemos que a pocos metros hay una alambrada de espino que rodea la típicas catas de 4x4 metros de largo y ancho, por unos veinte de profundidad que hay en esta zona del desierto... ¡¡y vamos directos a ella!!

El teniente frena bruscamente y los cuatro que vamos detrás casi nos precipitamos encima de nuestro oficial y el copiloto, en aquellos breves segundos de confusión creí no contarla, pero inmediatamente suspiré, suspiramos todos, el vehículo no ha caído al fondo del pozo por apenas un metro, hemos llegado casi a tocar la alambrada, la cual no hubiese aguantado ni el envite de una bicicleta. El teniente nos dice que hemos vuelto a nacer y que hemos tenido una puñetera suerte al encender él las luces. Si se hubiese demorado dos o tres segundo más, seguramente ya estaríamos en el fondo del profundo pozo, prácticamente sin posibilidades de supervivencia.

El resto de la patrulla ya se había apercibido de nuestra situación retrasada y, después de esperarnos, proseguimos la marcha nuevamente a oscuras. Estas catas estaban desperdigadas en los alrededores de Bucraa, se habían hecho para estudiar el subsuelo y localizar el fosfato.

Podía haber una cada dos o tres kilómetros cuadrados, más o menos, por lo que no era fácil tropezar, pero no imposible. A partir de aquel momento, nos pareció que la zona estaba plagada de pozos y que podíamos caer en cualquier momento.

Durante el resto de la noche tuvimos una latente desazón pensando que nos podía tocar nuevamente la fatal "lotería". No obstante, el teniente ya encendía los faros ocasionalmente, acción que imitaban los otros vehículos. Fue una medida de seguridad celebrada por nosotros que reducía considerablemente el riesgo, pero no lo eliminaba del todo.

El susto no había hecho mella en mi apetito, este me dominaba la voluntad.... ¡coño de pinchos perdidos! ¡qué larga se me iba a hacer la noche!

Hemos vuelto a aproximarnos a la mina a cielo abierto, pero manteniéndonos a varios cientos de metros de la cadena de pequeñas montañas de tierra sacada por la dragalina. En una de las ligeras vaguadas del terreno, a un kilómetro más o menos de la dragalina en construcción, el teniente ordena tomar posición a un soldado de los nuevos! para vigilar el lugar (¿????). Nos alejamos dejando a aquel pobre infeliz completamente solo, posiblemente preñado de temor.

Cuando nos desplazamos para dejar a otro compañero de centinela solitario, se produce como el reflejo de un relámpago frente a nosotros, a unos tres o cuatro kilómetros, a continuación e inmediatamente, el reflejo de la luz de Fosbucraa y de los focos de la dragalina desaparece. En ese instante desconocemos si se trata de alguna avería o de atentado.

En cualquier caso, el teniente comenta que si algo pasa, ya nos avisarán por radio, por lo que proseguimos "abandonando" compañeros para que ejerzan de centinelas solitarios -hasta cuatro- separados entre ellos más de un kilómetro, el último, en zona cercana al "Carromato de guardia" de la dragalina. Por lo menos este compañero, si sabe que el carromato está no muy lejano y no se sentirá tan abandonado.

La patrulla nocturna a oscuras me parecía muy correcta. También me habría parecido correctos dejar de centinelas escuadras (compuesta en el Sahara de tres soldados más un cabo), pero dejar a aquellos compañeros solitarios, prácticamente sin posibilidades de defenderse ante un grupo de atacantes, poco sentido efectivo tenía, al primer disparo de aviso le habrían frito a tiros.

Alcanzamos el Carromato, era la segunda visita que hacía allí después de haber estado destinado un mes antes durante una semana entera. El pelotón estaba levantado al completo y en alerta. El centinela de la Dragalina había sido reforzado con otro soldado, medida que me pareció acertada, pues el carromato estaba separado casi un kilómetro, pero aquellos compañeros que habíamos dejado, especialmente el "recluta".... No tenía sentido. Pasadas las tres de la madrugada, volvemos a entrar brevemente en el destacamento para hacer el relevo del teniente y, por fin, nos dan una taza de café con leche caliente que, si bien me reanima un poco el destemplado cuerpo, no neutraliza mi apetito ni el de mis compañeros.

Sin demora, seguimos nuestro patrullar. Los traidores pozos vuelven a mi mente y también los malditos pinchos morunos perdidos imierda de noche!

Nos habíamos alejado unos quince kilómetros del destacamento, transitábamos por la parte sur de Fosbucra, separados unos pocos kilómetros de esta, cuando aproximadamente a tres o cuatrocientos metros delante de nosotros vemos encenderse brevemente los faros de un vehículo.

El Teniente comenta: "Coño, estos no son nuestros" y a continuación enciende los faros, siguiendo su acción el resto de vehículos de la patrulla, proyectando y concentrando la luz al lugar donde habíamos visto la fugaz luz de faros. Aunque la distancia era considerable, se podía apreciar el bulto de dos vehículos que transitaban a oscuras con movimiento irregular, sorteando las deformaciones del terreno en aquel punto y cruzando nuestra trayectoria. El sentido de la marcha que llevaban era hacia el Este, dirección Mauritania. Efectuamos una rápida maniobra envolvente que bloquea el movimiento de los que parecen dos Land-Rover civiles. Quedamos a unos cincuenta metros de ellos formando una media luna. Saltamos rápidamente de los vehículos y, parapetándonos detrás de ellos, quitamos el seguro al fusil y apuntamos a los sorprendidos saharauis que, a su vez, habían bajado y estaban protegidos entre sombras de nuestra vista detrás de sus dos vehículos.

Fueron unos momentos de tensión a la espera de los acontecimientos que pudiesen sobrevenir. Solamente veíamos la silueta de las cabezas de los saharauis -algunos llevaban el típico turbante negro- y era difícil saber si iban o no armados, si eran guerrilleros o simples civiles que se desplazaban. Nosotros estábamos atentos a cualquier movimiento sospechoso y a la orden que pudiera darnos el teniente.

Yo notaba una extraña sensación en el estómago y no era por no haber cenado o por los puñeteros pinchos de carne, sino porque aquel podía ser el momento nunca deseado de verse obligado a disparar, defendiendo o atacando, matar o morir. Llevaba en el Sahara más de un año, era soldado por obligación, no profesional, nunca había pasado por mi mente la posibilidad de tener que disparar a un supuesto enemigo, ser humano a fin de cuentas, ni de acabar mi joven vida acribillado en el desierto.

En aquellos breves momentos no pensaba, solamente percibía las sensaciones de la situación y, por supuesto, estaba dispuesto a apretar el gatillo que rozaba con mi dedo índice. Éramos superiores en número, ellos no debían ser más de una docena y nosotros unos treinta perfectamente armados y apuntando, eso jugaba radicalmente a nuestro favor en el caso que aquellos saharauis pretendiesen alguna acción hostil.

El teniente les interroga a distancia, el más visible, en mal castellano, argumenta que vienen del Aaiún y van hacia Guelta Zemur, no vienen por la carretera porque acortan distancia y van sin luces por tener estropeadas las dinamos y se les agotarían las baterías.

Aquella explicación era poco convincente, por lo menos para mí, pues el recorrido por carretera era muchísimo mejor y, aunque fuesen sin luces, en los cuatrocientos kilómetros que debían recorrer, raramente se cruzarían con otros vehículos. Por otra parte, no estábamos atravesando ninguna ola de calor, con lo que lo más razonable hubiese sido viajar de día si tenían los dos Land-Rover con la dinamo defectuosa (casualidad los dos). Otro dato a tener en cuenta, eran todos hombres, adultos y jóvenes.

En los contadísimos vehículos que durante tres meses había visto pasar por la carretera que transcurría frente a nuestro cuartel, siempre viajaban familias. Mi impresión y, por los posteriores comentarios, también las de mis compañeros, es que eran auténticos sospechosos de pertenecer a la organización independentista armada o que iban a incorporarse recién captados.

Por ello quedamos desconcertados cuando nuestro teniente les indica que de ahora en adelante vayan por carretera y con las luces encendidas, o se esperen hasta que se haga de día y vayan igualmente por carretera (a partir de unos treinta kilómetros de Bucraa, se convertía en pista de tierra y arena).

Los saharauis subieron a sus vehículos y, sin demora y con las luces a "todo trapo", continuaron su viaje en la misma dirección, que era la que varios kilómetros después les llevaría hasta la pista de Guelta Zemur. Nosotros celebramos en silencio que nada había pasado y continuamos la patrulla.

Ya de día y en el destacamento, casi todos estábamos de acuerdo que aquellos saharauis habían salido de la carretera para esquivar Bucraa, sabedores que tenían que pasar frente a nuestro destacamento y también ante la posibilidad de tropezar con un control de la Policía Territorial.

Pasamos a recoger a los cuatro solitarios centinelas, acertando el lugar del primero después de dos intentos, pues no había un punto de referencia claro del lugar. El soldado "recluta" subió a nuestro Land-Rover, todavía temblaba, no se si de frío o de miedo; pienso que un poco de las dos cosas por su apagada voz. Había sido una prueba dura para un muchacho que todavía ni tan siquiera había hecho una guardia y no estaba curtido.

Con la situación del primero, localizamos sin dificultad a los otros tres centinelas. Veteranos de abril del 73, estaban tranquilos y acostumbrados a pasar horas bajo las estrellas o la Luna, aguantando el frío viento del norte y la arena en el rostro. También sabedores que la oscuridad en un lugar indefinido, era el mejor aliado para pasar inadvertido.

El "recluta" ya aprendería, le quedaba más de un año para "practicar".

Por fin, doce horas después de la primera salida acompañando a los familiares de los mandos, cuando la claridad del día empezaba a apuntar por el Este, regresábamos al destacamento con el trasero dolorido y el cuerpo desangelado.

Un tazón de café con leche y galletas apenas me hicieron olvidar los pinchos del demonio. Tuve que esperar al mediodía para comer sólido. Por suerte nos dejaron dormir toda la mañana, la noche había sido larga, desesperadamente inacabable con mi estómago y mi mente reivindicado los piiiinchos moruuuunos de sabroso aspecto.

Albert Marín Ausin  
Cabo de Infantería en  
Cabeza de Playa (El Aaiún)  
1973-1974